

OLIVIER MONGIN Y JEAN-LOUIS SCHELDEL

¿Cómo reabrir futuros?¹ Entrevista a François Hartog

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS NORMA DURÁN R. A.*

¿Es todavía posible proyectarse en la historia?

Proyectarse en la historia implica que esta sea portadora de un proyecto, es decir, de un futuro hacia el cual dirigirse. Desde este ángulo, el Éxodo puede ser el prototipo de esta historia, y las dos ciudades de san Agustín, en camino hasta el último día hacia la ciudad de Dios, también la ilustran muy bien. Por supuesto, esto se transformó en un imperativo por la influencia del concepto de temporalidad construido por la historia-ciencia del siglo XIX, impulsor del progreso, y que orientaba tanto a los individuos como a las comunidades. El momento clave es la Revolución Francesa, cuando Robespierre exhortaba a sus conciudadanos a acelerar el curso. El hombre puede hacer la historia y el revolucionario debe hacerla. Cuando en 1882, Renan propuso su definición moderna de nación, como voluntad de hacer cosas *todavía* juntos (grandes si fuera posible), inscribe la forma política de la nación en este concepto abierto hacia el futuro. Ella es, al menos en esa época, la mejor manera de articular el pasado, el presente y el futuro de una sociedad.

El presente de la conmemoración

Durante el siglo XIX y una buena parte del XX, la historia como proceso que se signaba tan gustosamente con un H mayúscula, y la historia de los historiadores (vuelto ya profesionales de esta) caminaron por el mismo lado. Durante mucho tiempo para estos historiadores la nación fue casi el único objeto de estudio,

¹ Entrevista publicada en la revista *Esprit*, en enero de 2017. Traducción autorizada por François Hartog.

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

la suya de preferencia. Había por lo tanto que investigar sus orígenes y seguir sus avances, mismos que debían desembocar en su realización. Ya edificada la nación, o todavía por construirse, estas historias, siempre teleológicas, se escribían, en cualquier caso, siempre desde el futuro. Los políticos sabían hacia dónde debían de ir, y los historiadores lo que tenían que buscar en los archivos. Esta presentación muy sencilla, de seguro, no indica sino una tendencia de larga duración, a saber: la fuerza del futuro y la evidencia conferida al porvenir.

Simple, ya que todo el mundo no caminaba con la misma dirección, y efectivamente, al menos muchos, pretendían incluso marchar en sentido contrario. Las restauraciones y otras reacciones fueran políticas, religiosas, sociales o artísticas, lo testimoniaban claramente, y más de una vez dramáticamente. No obstante, esos movimientos fueron tomados en sí mismos como el impulso hacia la construcción de la nación. Como una fuerza hacia el futuro al que había que caminar cada vez más de prisa. Sus opositores querían poder saltar el tren de la historia o creían poder detenerlo.

En cuanto a la historia como género, ésta tenía atrás una larga tradición de *laudatio temporis acti* (según el refrán “todo pasado había sido mejor”), ¡que se remontaba al menos a Tito Livio! Celebrar los principios gloriosos y virtuosos de la República Romana era una manera de “olvidar” los males del presente, particularmente los de las guerras civiles. Con la historia moderna, el “olvido” del presente persistió de cierta manera, aunque se transformó en condición metodológica previa de una historia objetiva del pasado. A pesar de todo, la historia moderna se debatió entre dos modelos de escritura: la antigua (la de la historia *magistra vitae*) y la nueva, aquella en la que el futuro es el que aclara el pasado. Si tomamos alguna distancia, percibiremos claramente que las historias (las más interesantes o las más importantes) han sido las respuestas, las réplicas, para emplear una palabra de Ricœur, inmediatas o aplazadas a las crisis: de Tucídides a Braudel (su Mediterráneo fue acabado en un campo de trabajo, donde estaba prisionero) o la de Reinhart Koselleck (en la Alemania después de 1945). Sin olvidar a Marc Bloch.

Muy simple también, porque eso que he nombrado “régimen moderno de historicidad”, como la manera de otorgar el rol principal al futuro en nuestras experiencias del tiempo, no reinó sin competencia durante el periodo que va de 1789 a 1989. Profundos cuestionamientos intervinieron antes de la caída

del comunismo, mismo que había sido visto como la manera más futurista de ser del mundo. Las dos guerras mundiales y sus contragolpes fueron los dos mayores. Si para Marx, las revoluciones debían ser las “locomotoras de la historia”, sabemos que el tren de la historia descarriló y que estas mismas condujeron a la rampa de Auschwitz. De estas catástrofes ocurridas en Europa y de esta negación de la humanidad del hombre, ni el futuro ni el progreso se repusieron, incluso la necesidad de reconstrucciones y la guerra fría primero llevaron al correteo del progreso (y a la carrera armamentista) cuya amplitud y ritmo fueron sorprendentes. Después las fisuras aparecieron en ese tiempo que tenía por consigna la “modernización” (en el norte) y el “desarrollo” (en el sur), y todo ese pasado, que se quería pasado y que no lo era, subió a la superficie. Tuvieron que transcurrir alrededor de veinticinco años para que nuestras sociedades occidentales cobraran plena conciencia.

En estos años también el futuro comenzó a ser percibido como cerrado, en tanto que el presente se volvía, por decirlo así, la única categoría temporal disponible, canibalizando a las otras dos. Desde entonces, la memoria, el patrimonio, las conmemoraciones y la identidad se impusieron y se volvieron las palabras claves de ese momento que denominé “presentista”. Asimismo, para Henry Rousso, en su último libro, “la memoria constituye sin ninguna duda el gran mito contemporáneo de las sociedades democráticas modernas, una forma de conjuración contra la repetición de las catástrofes de la historia reciente” (Rousso, 2016). Pero se comienzan a ver, concluye Rousso, los límites de este “régimen memorial”, en el cual se trata de “enfrentar el pasado”, de “afrontarlo para preparar el porvenir”, como si el pasado estuviera “frente a nosotros”, como si fuera un “obstáculo a superar”. Como si por una especie de reinversión, el pasado hubiera tomado el lugar del futuro, dejándonos únicamente el presente de la conmemoración.

En esa configuración, ¿qué sucede con la política?

La política, igualmente en sentido moderno, tomó su desarrollo al lado del mismo régimen moderno de historicidad: releamos por ejemplo cualquier discurso, ¡de Condorcet hasta Jaurés, e inclusive de Charles de Gaulle! Por definición y por posición, el hombre político tenía una visión, e invitaba, incluso forzaba a ir más rápido hacia el futuro (más o menos) brillante. En la actualidad, reprochamos a nuestros políticos, capaces o no, que

no tienen visión a futuro. Desde que el futuro no aclara nada, marchan a ciegas o parecen no tener visión, como el futuro no orienta ya, caminan a ciegas o se estancan. En el “régimen presentista”, los hombres y las mujeres de la política que están gobernando frente a la comunicación y la reacción (yo diría que se les juzga por la rapidez para reaccionar a un acontecimiento y a mostrarse en el lugar de la catástrofe). Y lo peor es que la política se hace en el flujo de los *tweets* que surgen a cada momento, contradiciéndose y anulándose continuamente. Se ha pasado de la política ejercida en el “régimen presentista” a una política resueltamente presentista, donde los sondeos incesantes por internet, los recursos de los *big data*, los elementos del lenguaje y los efectos de los anuncios dictan lo que hay que decir y a quién, día tras día.

La “reforma” fue uno de los grandes slogans del siglo XIX. Más aceptable que la palabra “revolución”, la reforma se presentaba como una revolución por etapas. Pero con ella, se caminaba seguro hacia el futuro. Hoy, la reforma se ha vuelto sinónimo de reajuste, de adaptación a una situación presente (antes de que sea tarde), lo que es inmediatamente comprendido por los interesados como una “regresión”. Si bien una reforma, algunas veces convoca inmediatamente a otra, antes incluso que la precedente hubiese sido plenamente aplicada. ¡Desde que yo frecuentaba la Educación nacional, escuchaba ya la palabra “reforma”!

La amenaza de la catástrofe

Notamos que el futuro ha regresado desde hace quince o veinte años, pero sobre la forma inédita de amenaza. Efectivamente, hubo antes la amenaza nuclear, pero la manera de encararla fue precisamente acelerar todavía más el progreso del armamento. En nuestros días, la amenaza se designa como “catástrofe”. La revista *Esprit*, consagró un dossier, en marzo-abril de 2008, a eso que la revista apodó justamente como “Tiempo de catástrofes” (Hartog, 2014).

Hemos tenido progresivamente que admitir que eso que hacíamos, y todavía más, lo que no hacemos, tendrá consecuencias hasta en un futuro lejano, que no representa de ninguna forma la medida en escala de una vida humana, y mucho menos en la de un mandato electoral. Es suficiente con nombrar los desechos nucleares y el calentamiento climático, a saber, esta “*intrusión de Gaïa*” –para retomar la expresión de Isabelle Stengers y Bruno Latour– que no parece pronta a

desaparecer (Latour, 2013). ¿Cómo permitir que quepan estas temporalidades tan discordantes en nuestras instituciones democráticas? En otras palabras ¿cómo encontrar el medio de articularlas? No es fácil transmutar este porvenir en esperanza.

Mucho menos cuando las primeras reacciones de los políticos han consistido en negarla, en no verla o, argumentar el optimismo científico (la ciencia encontrará el modo de arreglar la cuestión, tengamos confianza). Todas estas actitudes no preservan, de ninguna manera el futuro, sino la defensa del presente (“no cambiemos nada”) y con ello refuerzan todavía más el ambiente presentista. Vemos pues lo que confunde fuertemente las referencias de la política, aquella que explicaba y tenía una referencia directa con el tiempo moderno, y ahora deja el campo libre a una política que pretende hacerse cargo del sentimiento de abandono de muchos y que para afrontar las amenazas que se acumulan, hace un llamado a los miedos, a las emociones, al resentimiento y al odio. La campaña de Donald Trump ofrece un ejemplo condensado de esto. En él vemos una forma de política que, siempre evocando un pasado mítico y un futuro que lo es más aún, no sale de lo inmediato a lo más inmediato. Devorado por el presentismo, esta política alcanza el grado cero de eso que estábamos acostumbrados a designar como política.

En este régimen presentista, ¿qué puede hacer el historiador? ¿Una historia crítica que muestre ahí sus límites? El momento también está marcado por el sentimiento de un fin posible, vemos profetas de toda especie manifestarse y escenarios apocalípticos difundirse. ¿Qué tipo de claridad puede aportar el historiador?

Para el presentismo y sus límites, está el tiempo de diagnóstico en el que yo participé con mi libro *Regímenes de historicidad* (Hartog, 2007; en francés, 2003). Lo hice como historiador, pero no únicamente para historiadores. Ayudar a una toma de conciencia de que algo ya había cambiado y estaba todavía por cambiar más en nuestra experiencia del tiempo, parecía un trabajo útil: una incitación a un esfuerzo de lucidez. Después, a cada quien le correspondía sacar las consecuencias para su propio cuestionario.

Ahora nosotros ya no estamos ahí, incluso si el diagnóstico se encontró más confirmado que anulado. En esta nueva “condición numérica” que muchos buscan determinar, y que se puede mirar como una nueva condición histórica, es patente que el presente reina como soberano. Además, se ha vuelto

claro que el presentismo no era el mismo para todos. Hay al menos dos, uno que es elegido –el de los conectados y ganadores de la mundialización– y el otro, el sufrido precisamente por todos aquellos a quienes el proyecto les está prohibido; quienes viven el día a día y cuyo número va creciendo. Aquellos a los que de aquí en adelante se les ha denominado como “migrantes” (gente cuya única cualidad será la de estar migrando, encerrados en un presente que dura, sin pasado y sin porvenir). Los términos “emigrados” e “inmigrados” indican, al menos un movimiento en el espacio y en el tiempo. El migrante es mecido en una embarcación a manera de rueda de la fortuna, en medio del Mediterráneo. Así, lejos de ser uniforme e unívoco, el presente presentista es fracturado, atravesado por fallas que manifiestan temporalidades discordantes; y cuando los desacuerdos se profundizan, los riesgos de conflictos aumentan. Foucault asignaba a la filosofía la tarea de “diagnosticar el presente”, es decir las fisuras; el historiador puede, creo hacerlo a su manera, estando atento a eso que Ernst Bloch llamó “la simultaneidad de lo no simultáneo”, al hacer surgir de la aparente contemporaneidad del todo con el todo, las diferentes temporalidades que atraviesan o minan ese presente imperioso. Es una manera, entre otras; de aclarar el momento contemporáneo y de aprehender la actualidad.

Cuando el futuro se desvanece o se vuelve amenazante, de manera que se pierde la esperanza frente a él, es buen momento para los profetas de la buena o de la malaventuranza. Usted puede cambiar su presente (la felicidad está frente a usted) o el presente va a empeorar (pero no se puede hacer nada). En cuanto a la movilización de esquemas apocalípticos es, si se puede decir, un viejo asunto, desde el libro de Daniel, por lo menos. En situación de crisis, cuando no se experimenta salida alguna, no queda más que acechar las señales precursoras de una total convulsión, que verá a los perseguidos y a los justos finalmente reconocidos, y a contar los “días” que los separan del final. Ahora el apocalipsis gana terreno, en particular sobre las pantallas, pero se trata de un apocalipsis negativo, que abre paso a un “todo ajeno” y que se interesa en el día siguiente. *La Route*, de Cormac McCarthy,¹ es un libro que choca por esta exploración del después, que presenta una Tierra que

¹ Ganó el Premio Pulitzer, en la categoría de ficción, en 2007. Publicado en español, *La carretera*, Mondadori, 2007.

no es sino cenizas y de un tiempo que es únicamente un presente congelado. Estos apocalipsis de hoy ¡son, de hecho, catástrofes que retoman una serie de rasgos del apocalipsis de antaño! Para los creyentes, el apocalipsis tiene sentido, la catástrofe no: ella cae literalmente encima. El apocalipsis sólo llega una vez, es por eso que siempre puede diferirse (se pueden retomar invariablemente los cálculos de su advenimiento); la catástrofe, por el contrario, se repite. Todo lo que uno puede hacer, es dedicarse a prevenirla, a cambiarla o, a retardarla. En cambio, uno no puede retardar el apocalipsis. Una y otro provienen de temporalidades diferentes. La catástrofe es un apocalipsis para tiempos presentistas. Günther Anders, Hans Jonas, Jean-Pierre Dupuy no son apocalípticos, más bien están en la postura del profeta: esto va a ocurrir, a menos que... Los profetas bíblicos dejan siempre una estrecha apertura que permite un cambio de comportamiento (un retorno a la Alianza), es decir, que la profecía (de la desgracia) no se realice. Una buena profecía es, en suma, una profecía que no se realiza.

Salir del presentismo

Más allá de una crítica al presentismo, ¿qué puede proponer el historiador?

Desde hace poco se escuchan llamadas, incluso conminaciones para extraerse del ambiente del "corto-plazo". Para los políticos, esto quiere decir, estar capacitado para proponer de nuevo una visión (o, una versión *soft*, del sueño) y de lado de los historiadores, reabrir la historia. ¿Con esto es suficiente? Seguramente no, pero es un signo y un principio. No se sale del presentismo como se pasa del horario de invierno al del verano, pero no hay razón tampoco para vivir de la manera tan conocida como "no hay alternativa". ¿Qué quiere decir salir del presentismo? ¿Reabrir el futuro, pero qué futuro? Ya no el del régimen moderno de historicidad, el cual me atrevería a decir, demostró su utilidad. Reabrir el pasado, pero, igualmente, ¿cuál? Cuando el futuro iluminaba el presente, el pasado también lo era. El historiador sabía que debía retener y qué olvidar. La historia (la de los vencedores) se escribía fácil si no es que alegremente. Pero cuando esta luz desapareció, el pasado también lo hizo. Eso implicó que la memoria tomara su lugar y con ella la historia de los olvidados, de las minorías, la

de los vencidos... Pero con los límites de este régimen memorial analizados por Rousso.

Otra vía, marcada por Walter Benjamin y más todavía por Paul Ricœur (frecuentemente reunidos a pesar de lo que los separa) invita a reabrir el porvenir partiendo del pasado. Su reapertura pasa por esos futuros del pasado que no sucedieron. El pasado no es precisamente (sólo) el pasado, es el futuro no cumplido del pasado que nutrió al futuro y que unidos así, pasado y futuro pudieron permitir una transmisión efectiva y una acción significativa. Estamos lejos del futuro moderno en el que la Revolución era la figura central de todo un tiempo, percibido como un primer movimiento para regresar al pasado y desprender sus "potencialidades". No se trata tampoco de reactivar el antiguo modelo de la *historia magistra*, donde el pasado era el modelo de inteligibilidad. Varios libros recientes, que se ubican totalmente en esta perspectiva, tienen al menos valor de signo.² En el límite, podríamos hablar de una aproximación de tipo profético del pasado; de un pasado descifrado como anuncio o prefiguración. Pero atención: simplemente posible, en la medida en que ninguna Revelación viene a dar un sentido unívoco a este "Antiguo Testamento" para encontrar qué es ese pasado. Estas son algunas tentativas para salir del presentismo, que restablecerían una circulación efectiva entre pasado, presente y futuro. Que haya muchas más, me parece deseable y veo que mi próximo libro sobre Ernest Renan podría, de alguna manera, contribuir a ello. Una sociedad, para "hacer sociedad", tiene necesidad de un motor a tres tiempos.

² Camille de Toletto, Aliocha Imhoff y Kantuta Quiros, *Les potentiels du temps. Art et politique*, París, Manuella Éditions, 2016; Quentin Deluermoz et Pierre Singaravélou, *Pour une histoire des possibles. Analyses contrefactuelles et futurs non advenus*, París, Seuil, col. L'Univers historique, 2016 y, Peter Wagner, *Sauver le Progrès. Comment rendre l'avenir à nouveau désirable*, París, La Découverte, col. L'Horizon des possibles, 2016.

Bibliografía

- Deluermoz, Q., Singaravélou, P. (2016). *Pour une histoire des possibles. Analyses contrefactuelles et futurs non advenus*. París: Seuil, col. L'Univers historique.
- Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana. (En francés, 2003)
- Latour, B. (2013). *Face à Gaïa. Huit aconférences sur le nouveau régime climatique*. París: La Découverte.
- Rouso, H. (2016). *Face au passé. Essais sur le mémoire contemporaine*, París: Belin, coll. "Histoire".
- Toleto, C. de, Aliocha, I. y Quiros, K. (2016). *Les potentiels du temps. Art et politique*. París: Manuella Éditions.
- Wagner, P. (2016). *Sauver le Progrès. Comment rendre l'avenir à nouveau désirable*. París: La Découverte, col. L'Horizon des possibles.

Hemerografía

- Hartog, F. (2014). "L'apocalypse, un philosophie de l'histoire?". *Esprit*, junio.

